



Title	EL JAPON DEL SIGLO XVI : EN TORNO A LA INTRODUCCION DEL CRISTIANISMO
Author(s)	Somedha, Hidefumi
Citation	Estudios Hispánicos. 1990, 15, p. 27-45
Version Type	VoR
URL	https://hdl.handle.net/11094/97917
rights	
Note	

The University of Osaka Institutional Knowledge Archive : OUKA

<https://ir.library.osaka-u.ac.jp/>

The University of Osaka

EL JAPON DEL SIGLO XVI – EN TORNO A LA INTRODUCCION DEL CRISTIANISMO –

Hidefuji SOMEDA

Hacia mediados del siglo XVI, el cristianismo fue transmitido al Japón, que estaba en plena época de las guerras civiles, por un misionero de la Compañía de Jesús, llamado Francisco Xavier, uno de los fundadores de dicha Compañía. Xavier, a petición de la Corona de Portugal, se encargó de la evangelización de la India, y dejó grandes huellas en la cristianización de la Asia.

Portugal, desde finales del siglo XV, bajo la iniciativa del principe Enrique “el Navegante”, intentaba extender las actividades ultramarinas hacia el Oriente. En 1497 una armada capitaneada por Vasco de Gama emprendió la primera navegación directa a la India, doblando el Cabo de Las Tormentas, y más tarde en 1551, los portugueses se apoderaron de Malaca. Dos años después, los lusitanos arribaron a la costa de China y finalmente llegaron por casualidad en un nao de China a la isla llamada

本稿は1986年～87年に国際交流基金より派遣されてペルー・カトリック大学, チリ国立図書館, サルバドル大学(アルゼンチン), バンダ・オリエンタル大学(ウルグアイ)などで行った講演『LA EPOCA DE LA EXPANSION ULTRAMARINA EUROPEA Y EL JAPON - en torno a la introducción del cristianismo-』(ヨーロッパの海外拡張時代と日本—キリスト教の伝来をめぐって—)を要約し, 一部加筆, 修正したものである。本稿は近々ペルー・カトリック大学より出版予定の『東洋学者オノリオ・フェレール博士追悼論文集』に収録される予定であるが, 同大学の許可を得て, ここに掲載する。尚, 本稿を作成するにあたり, 同大学副学長サロモン・レルネル教授の一方ならぬ協力を得た。記して, 謝意を表したい。

Tanegasima, situada al sur de Kyushu, en 1543. Son los primeros europeos que pisaron la tierra del Japón.

Mientras, con atraso de unas décadas en comparación con su país vecino, España empezó a lanzarse activamente a las empresas ultramarinas. Poco después que Cristóbal Colón, patrocinado por la Corona de Castilla, llegó a una isla llamada entonces Guanahaní, logrando descubrir una ruta ideal transatlántica, los españoles se lanzaron a la empresa de las navegaciones y las exploraciones, y sucesivamente conquistaron y colonizaron el continente nuevamente descubierto. Hacia mediados del siglo XVI, España extendió las actividades al Mar del Sur, es decir el Océano Pacífico. En 1565 una armada dirigida por Miguel López de Legazpi que zapó de Nueva España, llegó a un archipiélago y lo conquistó, poniéndole el nombre de las Filipinas en honor del Rey de España, Felipe II. Así, el contacto de España con el Japón, que data de finales del siglo XVI, exactamente del año 1584, había de establecerse a través de dichas islas Filipinas.

Es de este modo que los dos países ibéricos se presentaron uno tras otro ante el Japón, que en esos momentos estaba sufriendo mucho para reunificarse. Es decir, los portugueses y los españoles “descubrieron” el Japón, después de dar una media vuelta alrededor del globo desde el este y el oeste respectivamente. Los japoneses de aquella época los llamaron “Bárbaros del Sur”, ya que fueron los extraños que vinieron del sur, y asimilaron rápidamente algunos elementos de la cultura europeo-cristiana, entre ellos el arcabuz, que fue un arma de fuego totalmente desconocida hasta entonces por ellos, y que habría de desempeñar un papel importantísimo para dar fin a la época de las guerras civiles incessantes.

Francisco Xavier, después del desembarco en Kagosima en 1549, se dirigió a Kioto, ciudad imperial de entonces para conseguir la licencia del emperador y del Shogun para la predicación de las palabras de Dios en el país. Pero sucede que allí en Kioto el emperador ya no tenía ningún poder político desde hacía siglos, y la autoridad de la Familia Asikaga, fundadora del Shogunato de Muromachi que ejercía en su lugar el mando de gobierno en el Japón, había caído en un gran descrédito, dejando a los

grandes vasallos convertirse en señores feudales independientes en sus dominios. Kioto era entonces una escena donde se desarrollaban los más agudos conflictos, por lo que Xavier no pudo lograr su objeto, y determinó retornar a Kyushu. En su camino, pasó por la ciudad llamada Yamaguchi de la provincia llamada entonces Suo-actual prefectura de Yamaguchi-, donde con la protección del señor feudal Ohuchi Yositaka, pudo dedicarse a la evangelización. Después del regreso de Xavier a Goa en 1551, su compañero, el P. Cosme de Torres continuó la predicación del cristianismo principalmente alrededor de la ciudad mencionada: Yamaguchi y, en 1552 consiguió la licencia del Señor Ohuchi para construir iglesia en su dominio. Mas, en 1556, la capilla construída en Yamaguchi fue incendiada, hecho que reflejaba la influencia de las guerras civiles entre los señores feudales. Y los misioneros se vieron obligados a trasladarse de dicha ciudad a otra ciudad llamada entonces Funai-actual ciudad de Ohita-de la Provincia de Bungo en Kyushu.

En dicha Provincia de Bungo, gracias a la protección del Señor Ohtomo Yosisigue (Sorin) que ansiaba la venida de los barcos mercantes portugueses para sacar provecho fabuloso del comercio, y también gracias a las obras benéficas promovidas enérgicamente por los misioneros, quienes construyeron unos orfanatos y hospitales, la evangelización progresó poco a poco. Y con motivo de la conversión del Señor Ohtomo de 1578, se progresó mucho la evangelización.

Mientras, en 1559, el misionero Gaspar Vilela y un sacerdote japonés llamado Lorenzo, con otros sus hermanos, pusieron en marcha la obra predicadora en la capital de Kioto. En mayo de 1560, Vilela se entrevistó con el XIII Shogun Asikaga Yositeru, y logró que el Shogun les prohibiera a sus vasallos, aunque no eran más que nominales, cometer excesos contra la iglesia e imponer algunos impuestos o cargas sobre la iglesia. A pesar de que en aquellos tiempos el Shogunato de Muromachi estaba a punto de perder la autoridad como gobierno militar central, dicha ordenanza shogunal dio la base legal para el avance de la iglesia cristiana hacia la capital, lo que naturalmente provocó a las religiones tradicionales japonesas a reforzar sus críticas sobre la religión advenediza.

Pero, esta ordenanza perdería su validez al ser asesinado el Shogun Asikaga Yositeru en mayo de 1565, siendo entonces oprimida la iglesia. Así, a diferencia de la Provincia de Bungo en Kyushu, la situación en la ciudad imperial de Kioto no fue siempre favorable para la evangelización.

Sin embargo, cuando entró en Kioto en 1568 al mando de 30,000 soldados uno de los más importantes contendientes por el poder, llamado Oda Nobunaga, las circunstancias llegaron a ser ventajosas para la evangelización. Nobunaga permitió al P. Luis Frois y otros misioneros jesuítas retornar a Kioto para dedicarse a la evangelización. Desde entonces, la obra predicadora en la ciudad imperial progresó constantemente bajo la protección de Nobunaga.

Mientras, en la parte noroeste de Kyushu, uno de los señores feudales de la Provincia de Hizen, Ohmura Sumitada se convirtió al cristianismo en 1563: es el primer Daimyo (señor feudal) cristiano en el Japón. Correspondiendo a la conversión del Señor Ohmura, los barcos mercantes portugueses llegaron a entrar en un puerto llamado Yokose-Ura, que se ubicaba naturalmente en el dominio de dicho Daimyo. Pero poco después el puerto fue destruido y los comerciantes portugueses fueron asesinados, por lo que, el señor Ohmura determinó abrir un nuevo puerto para los barcos portugueses, y en 1570 fue abierto un puerto, que era antes un pobre pueblo pesquero, llamado Nagasaki. Luego emigrarían sucesivamente a Nagasaki comerciantes portugueses y japoneses, misioneros y creyentes cristianos japoneses, y así Nagasaki llegó a presentar un ambiente de la ciudad internacional.

De este modo, la Compañía de Jesús, desde la década de los cincuenta hasta la de los setenta del siglo XVI, estableció la base de sus actividades en la Provincia de Bungo, Kioto y Nagasaki. Después, en 1580, la Compañía creó la Provincia del Japón, dividiéndola en tres parroquias: Simo-la parte noroeste de Kyushu cuyo centro era Nagasaki-, Bungo-la parte noreste de Kyushu-, y Miyako, es decir Kioto. Es así que se desarrolló mucho la obra evangelizadora en la parte occidental del Japón, y paulatinamente se expandió hacia el oriental. Aquí hay un dato que demuestra con claridad la expansión de la influencia de la iglesia

cristiana en el Japón del siglo XVI, y este dato se refiere al número de los conversos japoneses:

- en 1570 fueron alrededor de 10,000 a 30,000
- en 1581 fueron alrededor de 150,000
- en 1590 entre 230,000 y 240,000, y
- en 1600 fueron alrededor de 300,000.

Vemos pues, que el número de los cristianos japoneses empezó a aumentar desde la primera mitad de la década de los setenta, lo que quiere decir que el cristianismo logró penetrar seguramente en el pueblo japonés después de unos 20 años de su introducción. Y ese aumento se debió principalmente a la conversión masiva de los campesinos que vivían en el dominio de los Daimyos cristianos. Según el informe anual de la Compañía de Jesús sobre el Japón correspondiente al año 1581, casi el 80% del número total de los creyentes japoneses (150,000) pertenecía la parroquia de Simo, donde estaban muchos Daimyos cristianos, tales como Ohmura Sumitada, Arima Harunobu, Amakusa Naotane, entre otros. Así en dicha parroquia de Simo, la iglesia cristiana podía llevar adelante la evangelización sin muchos obstáculos.

Una de las razones principales de la difusión y el desarrollo relativamente rápido del cristianismo en el Japón ha de ser atribuída al hecho de que los que se encargaban de la evangelización del país durante los primeros cuarenta años eran exclusivamente los jesuítas. Ellos procuraban con todo su esfuerzo buscar y emplear un método muy bien adaptado al pueblo japonés, y esta actitud sería un buen ejemplo que demuestra la flexibilidad de la Compañía de Jesús.

Sin embargo, no debemos pensar que desde el principio fue establecida la medida flexible de la evangelización, ya que había discordia dentro de la misma Compañía en torno a la evaluación del pueblo japonés. Por ejemplo, el P. Francisco Cabral, quien fue nombrado el superior en 1570, no se esforzó en comprender la cultura y las costumbres del pueblo japonés, ni se absténía de decir públicamente que el pueblo japonés era el pueblo muy altivo, ambicioso, caprichoso y disfrazado, no

admitiendo la necesidad de formar los sacerdotes japoneses. Esta actitud del P. Cabral no solamente causó el estancamiento de la evangelización, sino también dio lugar a una crisis de desintegración de la Compañía misma. Quien superó tal crisis fue el famoso Visitador General de la Compañía, el P. Alejandro Valignano, quien llegó al Japón en 1579. Valignano, considerando que la causa principal del estancamiento de la evangelización se debía mayormente a la actitud equivocada o llena de prejuicios del P. Cabral sobre el pueblo japonés, le destituyó e intentó renovar el ambiente de la Compañía, procurando con todas sus fuerzas reconciliar a los hermanos de diferentes nacionalidades y distintas opiniones. Reconociendo la importancia de entender bien el pueblo japonés, él exhortó mucho sobre la necesidad de investigar su modo de vivir y de pensar y su cultura en general a fin de establecer un método sólido y adecuado de la evangelización del Japón.

Ahora, el período de las guerras civiles incessantes, que duró casi un siglo, desde la segunda mitad del siglo XV hasta finales del siglo XVI, fue una época bien agitada, en que dominaba la ley del más fuerte militarmente. Y justamente debido a eso, en la sociedad se veía un sincero interés en restaurar la moralidad. Así fue como muchos Bushis (guerreros) e intelectuales practicaban devotamente el sintoísmo o el budismo, y se acercaban a la ética confuciana con un hilo de esperanza de que vinieran al mundo la paz y la tranquilidad. Y la misma actitud la podemos ver en la gente llana, según las informaciones hechas por los misioneros.

Así, el cristianismo, transmitido a tal clima religioso, naturalmenete se enfrentó intensamente con las tres religiones tradicionales del Japón, es decir el sintoísmo, el budismo y el confucianismo. Por consiguiente, podríamos decir que en la historia de la religión es un hecho sin precedente la introducción del cristianismo en el Japón, ya que fue el contacto con una sociedad religiosa, donde existían unánimemente tres religiones. Ante esa realidad tan heterogénea, los misioneros se esforzaban por aprender con mucho entusiasmo las doctrinas de dichas religiones, sobre todo el budismo, e intentaron penetrar en ese clima religiosamente

diferente de otros continentes.

Como hemos visto, cuando llegaron los misioneros al Japón, el país estaba en el pleno estado de disgregación política debido a las guerras civiles incesantes entre los señores feudales independientes. Y se señalaron tres señores feudales sucesivamente como los contundentes más importantes por el poder, es decir, Oda Nobunaga, Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu. Oda Nobunaga, que ya hemos mencionado, sacando el mejor partido de la potencia de la nueva arma introducida de Europa, el arcabuz, intentó unificar el país con éxito hasta cierto punto, pero en el camino de la unificación fue asesinado, y su sucesor Hideyoshi continuó la obra unificadora del país siguiendo la misma política de su antiguo señor Nobunaga. Finalmente fue perfeccionada la unificación por Tokugawa Ieyasu, fundador del Shogunato de Edo, el que duraría hasta mediados del último siglo. Es de notar que el gobierno de Nobunaga, Hideyoshi e Ieyasu era el gobierno militar que surgió en las guerras sangrientas entre los señores feudales, en las que vencieron por las armas varios movimientos llamados en la historia del Japón “Gekokujyo”, es decir movimientos en los que los de abajo (vasallos) desafiaron o vencieron a los de arriba (señores). En consecuencia, el gobierno unificador del país, desde el principio, aspiraba mucho a centralizar el poder.

Así, el gobierno militar unificador intentó crear un régimen feudal más centralizado por medio de la separación rigurosa de clases sociales llamada “Heino-Bunri” y el sistema de “Koku-Daka” por el cual cada parcela de la tierra era amillarada de acuerdo con su rendimiento, calculado en “koku” de arroz. Esta separación de clases y el sistema de “Koku-Daka” fueron llevados a cabo a través de la revisión catastral sistemática en gran escala, llamada “Kenchí”. De esta forma, resultaría estructurado el régimen fuedal más centralizado. Así el gobierno militar unificador del país, con el principio de que el soberano debería ser el más fuerte militarmente, ganó un poder extraordinariamente grande comparado con el del gobierno militar precedente. De eso se sigue que el señor unificador aspiró a convertirse en un ser omnipotente, o mejor

dicho quiso ser divinizado o adorado como una especie de dios. De hecho, Nobunaga, Hideyoshi e Ieyasu, todos lo deseaban e intentaron durante su vida adornar su poder con la autoridad religiosa. Por ejemplo, Nobunaga mandó construir un templo llamado Sokenji en Azuchi y exigió a sus vasallos adoraran su imagen como “un dios-buda viviente”.

Nobunaga, para lograr la hegemonía del país, se vio obligado a desarticular o sofocar una rebelión muy fuerte de la secta religiosa, llamada “Ikko”, la de la verdadera tierra pura, que ganaba mucha popularidad en el pueblo ahogado en la transitoriedad de las guerras, predicando enfáticamente la negación de todos los valores del mundo terrenal. Y la base de dicha secta desobediente se encontraba en las aldeas de “Kinai”, cinco provincias alrededor de Kioto, es decir la zona más importante del Japón de aquel entonces política, económica y socialmente. Debido a eso, para Nobunaga, era indispensable e inminente vencer a las potencias religiosas tradicionales, convertidas en los grandes señores feudales. Así, Nobunaga buscaba una nueva autoridad religiosa, que podría reemplazar a dichas potencias religiosas tradicionales, por lo que admitió él la evangelización cristiana sin entender nada de la doctrina cristiana, y dio la protección a los misioneros hasta ser asesinado en 1582. Por otra parte, los misioneros, que no pudieron enterarse bien de tal política y mentalidad de Nobunaga, informaron a Roma con optimismo que la evangelización del Japón podría ser llevada a cabo con mucha facilidad.

Pero, cuando los misioneros empezaron a darse cuenta de que el sucesor de Nobunaga, es decir Hideyoshi quería también convertirse en una existencia divinizada, empezaba ya la represión sobre la evangelización del cristianismo. O sea que un año antes de que el P. Organtino Gnechi-Soldo informara que lo que deseaba el tirano-Hideyoshi-era transformarse en un ídolo del país y así vivir eternamente en la memoria del pueblo, en 1587 Hideyoshi emitió una ordenanza de expulsión de los misioneros extranjeros. Veamos a continuación sumariamente el proceso por el que llegó a dictar Hideyoshi tal ordenanza.

En marzo de 1587, Hideyoshi, después de consolidar su domina-

ción sobre la mayor parte del país, puso en marcha la empresa de conquistar a los señores feudales desobedientes de Kyushu, sobre todo al Señor Shimazu Yoshihisa de la Provincia de Satsuma, a fin de asumir la plena hegemonía del país, y se dirigió por primera vez con una gran tropa de 200,000 soldados a Kyushu. El día 8 de mayo de 1587, logró a derrotar al Señor Shimazu, poniendo el territorio bajo su directo control, y el día 7 de junio del mismo año, después del regreso triunfal a Hakata de la Provincia de Chikuzen de Kyushu, decidió dar merced de feudos a sus fieles señores feudales y emprendió reconstruir Hakata, devastada por las guerras. La división y la asignación de los feudos en Kyushu fueron efectuadas principalmente como recompensa de méritos militares y garantía de seguridad de los dominios antiguos, a los Daimyos que fueron al frente acompañando a la tropa o a los Daimyos que se rindieron voluntariamente a Hideyoshi. Para Hideyoshi, la pacificación de Kyushu tenía mucha importancia no sólo para conseguir la hegemonía completa del país, sino también para poner en marcha el proyecto de conquistar la China, plan que concebía desde antes.

El vice-provincial del Japón, el P. Gaspar Coelho, S.J. con los hermanos de la Compañía se dirigió en un barco de la iglesia desde Nagasaki a Hakata para felicitar a Hideyoshi por su victoria en la guerra contra el Señor Shimazu, y el día 10 de junio se entrevistó con él. Hideyoshi les permitió a los misioneros construir una capilla en Hakata, prometiéndoles conceder un terreno para su construcción.

Sucede que, desde antes, Hideyoshi tenía mucho interés en ver el barco portugués, llamado entonces “barco negro” o “barco de los bárbaros del sur”, y transmitía su deseo al P. Coelho. El capitán de un barco negro que entonces estaba anclado en Hirado, Domingo Monteiro, informado del deseo de Hideyoshi, se dirigió a Hakata para suplicarle que abandonase el deseo de ver el barco negro, razonando que el barco estaría en peligro de encallar en el Golfo de Hakata. Hideyoshi comprendió bien la explicación del capitán Monteiro, y le regaló una espada. Así, la relación entre Hideyoshi y los misioneros jesuítas, y también entre él y los portugueses no fue mala, más bien amistosa. Pero, de pronto

Hideyoshi cambió bruscamente de actitud. Es decir que Hideyoshi, después de que se retirase del campamento el capitán Monteiro, decidió destituir a uno de sus principales vasallos fieles, que era cristiano, llamado Takayama Ukon, quien se había convertido en 1564, luego de ello ordenó la expulsión de los misioneros. Esta ley, despachada el 20 de junio de 1587, es conocida generalmente como la “Ordenanza de la Expulsión de los Misioneros” que consta de cinco artículos, cuyo resumen es como sigue.

- 1) El Japón es una nación creada y protegida por los dioses, por lo que no se puede permitir que los países bárbaros del sur transmitan la ley perversa (el cristianismo).
- 2) La destrucción de templos y santuarios es una cosa inaudita y lamentable, y la asignación de feudos a los vasallos es la medida provisoria, y la Ley de Tenka (mundo) que promulga Hideyoshi debe ser observada absolutamente.
- 3) Debido a que los misioneros son los destructores del budismo, deberían salir del territorio japonés dentro de 20 días.
- 4) El barco negro no tiene nada que ver con el cristianismo, por lo que de aquí en adelante podrá venir al Japón para dedicarse al comercio.
- 5) Puede venir al Japón cualquier persona a menos que no perjudique el budismo.

Y es natural que el P. Coelho y otros jesuítas no pudieran creer ni entender el cambio repentino de Hideyoshi, porque hasta hacía poco tiempo él se había mostrado generoso para con la Iglesia.

Hasta ahora se han presentado muchas tesis acerca de las razones por las cuales Hideyoshi promulgó repentinamente dicha Ordenanza y sería muy difícil decidir cuál de ellas fue la principal razón. Pero aquí hay que mencionar un hecho muy importante para entender bien la

verdadera intención de Hideyoshi al promulgar la Ordenanza en cuestión. Es la confiscación de la ciudad-puerto Nagasaki, que ordenó poco después de la promulgación de la Ordenanza. Se nos ocurre una duda: ¿era indispensable e inminente confiscar Nagasaki para expulsar a los misioneros? En otras palabras, podríamos sugerir que, Hideyoshi, para conseguir lo más pronto posible algún otro objetivo importante, mandó la confiscación.

Como lo hemos mencionado, Nagasaki era un pobre pueblo pesquero en el dominio del Daimyo Ohmura Sumitada, y éste lo donó con otro territorio en 1580 a la Compañía de Jesús, es decir 10 años después de que fue abierto Nagasaki como puerto para los barcos portugueses. Según la carta de donación, se ve que el Daimyo Ohmura mantendría el puesto de señor supremo, reservándose el impuesto sobre los barcos portugueses que entraran en el puerto, pero admitiendo que la Compañía tendría el derecho de propiedad y la autoridad de nombramiento y de destitución del señor de Nagasaki, por lo que podemos afirmar que el Señor Ohmura dominaba la ciudad Nagasaki por medio de la Compañía. Pero en este caso no había ninguna relación feudal entre el Señor Ohmura y la Compañía de Jesús, por lo cual la Compañía se convirtió en verdadero propietario de Nagasaki como señor local, apropiándose del poder administrativo y judicial.

Mientras tanto, hay una evidencia que prueba que Hideyoshi examinaba desde antes ya el tratamiento de Nagasaki, territorio de la Compañía de Jesús. Así vemos que, cuando el P. Gaspar Coelho y otros misioneros jesuítas se entrevistaron con Hideyoshi en 1586 en el castillo de Osaka, Hideyoshi les dijo que les daría una carta firmada por él mismo sobre la donación de la ciudad-puerto Nagasaki a la Iglesia. Esto significa que Hideyoshi pensaba lograr la jurisdicción señorial sobre Nagasaki a través de la nueva donación a la iglesia. Es decir, Hideyoshi, quitándole el señorío al Señor Ohmura, Daimyo cristiano, deseaba, en forma indirecta, poner Nagasaki bajo su directo control. De ahí que se supone que Hideyoshi pretendía desde antes la confiscación de Nagasaki, y para ello sería indispensable expulsar al verdadero señor del lugar, o sea a los

misioneros jesuítas.

Aquí mencionaremos dos razones justificables para esta suposición. La primera razón la podemos buscar en las mismas frases de la Ordenanza de Expulsión. Recordemos que el tercer artículo decía que dentro de veinte días deberían salir los misioneros del territorio japonés. En aquel entonces la iglesia cristiana, como hemos visto, expandía su influencia desde su centro de Kyushu hasta las provincias llamadas Kinai, por lo que era absolutamente imposible expulsar a todos los misioneros que se encontraban en el Japón dentro de veinte días. Además dicho artículo no tenía en cuenta la temporada de la salida del barco, que dependía entonces del viento estacional, el monzón. Esto nos hace conjecturar que Hideyoshi intentó sólo expulsar a unos misioneros que se encontrasen en un lugar determinado, de donde podrían salir dentro de veinte días del territorio del Japón. Y ese lugar no sería más que Nagasaki.

La otra razón, también la podemos buscarla en el segundo artículo de la Ordenanza de Expulsión, que insinuaba que Hideyoshi podría confiscar o cambiar arbitrariamente los dominios de sus vasallos, señores feudales. Es decir que ahí Hideyoshi declaró oficialmente como su idea política fundamental el establecimiento y la consolidación del régimen feudal centralizado, y a tales efectos, él ponía en marcha la revisión catastral en gran escala, y luego la caza de espadas—Katana-Gari—para desarmar a la población rural y a la urbana. Así, el gobierno de Hideyoshi procuró limitar o restringir severamente el señorío de todos los señores locales, y trató de incorporar todo el territorio japonés al sistema de feudos de Hideyoshi. Por eso le preocupaba mucho a Hideyoshi la existencia del territorio de la Compañía de Jesús, que tenía efectivamente autonomía, y a la que consideraría como un obstáculo para unificar el país, porque la Compañía de Jesús no tenía relación feudal alguna con el gobierno de Hideyoshi. En este sentido, podemos decir que la confiscación de Nagasaki sería la privatización del señorío de la Compañía de Jesús en Nagasaki, lo que condujo a negar la existencia de los misioneros jesuítas y en última instancia a prohibir la evangelización.

Pues, aquí no podemos pasar por alto el hecho muy importante de que Hideyoshi quería monopolizar el comercio con Portugal y España, separando el comercio de la evangelización del cristianismo, como lo podemos ver en el cuarto artículo de la Ordenanza. Aquí es importante recordar que el comercio era la base económica para la evangelización de la Compañía de Jesús en el Japón. Los jesuítas conseguían los fondos necesarios para su obra predicadora por varios medios. Aparte de las limosnas u ofrendas irregulares, los ingresos regulares consistían en la pensión otorgada por el Rey de Portugal (o de España), los bienes inmuebles que poseían en la India, Molucas, Macao o el Japón, y la ganancia del comercio entre Macao y el Japón. De esos ingresos, el más fabuloso e importante era el del comercio, lo que caracterizó la evangelización de los jesuítas en el Japón.

Los jesuítas, como mediadores del comercio entre los portugueses y los japoneses, desempeñaron un papel muy importante, lo que naturalmente provocó duras críticas sobre su actividad comercial dentro y fuera de la Compañía. Pero los superiores de la Compañía no querían abandonar la fabulosa ganancia del comercio y en las décadas de los sesenta y setenta, la Compañía no sólo pagaba con las ganancias de dicho comercio los gastos de la evangelización en el Japón, sino que también daba ayuda financiera a la evangelización de la China. Es decir que la Compañía de Jesús económicamente dependía mayormente de la actividad comercial de los portugueses. Por eso, para los jesuítas, la defensa y aún el fortalecimiento de dicho comercio entre Macao y el Japón equivalían a proteger y prosperar su obra evangelizadora. Y el puerto principal para dicho comercio en el Japón no era ni más ni menos que Nagasaki. Así, en este sentido, la confiscación de Nagasaki significó que Hideyoshi, que necesitaba muchos fondos militares para conquistar la China y dar el último toque a la obra unificadora del país, intentara controlar en forma directa el comercio entre Macao y el Japón, excluyendo a los mediadores, es decir a los jesuítas.

Pensando así, podemos concluir que la verdadera intención de Hideyoshi al dictar la Ordenanza de Expulsión de los Misioneros,

consistió principalmente en no permitir la existencia de un territorio libre de su control político, y en monopolizar el comercio con Portugal, separándolo de la evangelización, es decir, no admitiendo la cristianización del país. Aquí es necesario que, en la expansión ultramarina de Portugal y España, fueron inseparables de hecho el comercio y la evangelización, por lo cual era inevitable un conflicto entre Hideyoshi y los misioneros jesuítas, a menos que uno de los interesados o ambos tomaran una actitud conciliadora. Veamos a continuación la relación entre Hideyoshi y la Compañía de Jesús del Japón después de que se promulgó dicha Ordenanza.

Hemos dejado establecido que la Ordenanza de Expulsión fue decretada con el objeto principal de confiscar el territorio de la Compañía de Jesús, Nagasaki, por lo que la Iglesia Católica del Japón que estaba desarrollándose casi en seguridad desde Francisco Xavier, recibió un gran golpe, al prohibirse tajantemente por primera vez la transmisión del cristianismo. La represión fue muy violenta en las Provincias de Kinai y Kyushu. Mientras tanto, la Compañía mandó reunir a todos los misioneros en Hirado para deliberar sobre las medidas remediatrices que deberían tomar los misioneros ante tal estado de emergencia inesperado. Y ellos decidieron obedecer formalmente a la Ordenanza de Hideyoshi, mandando unos misioneros a Macao, pero concluyeron entre sí en quedarse clandestinamente en los dominios de los Daimyos cristianos, tales como el Señor Arima, el Señor Ohmura y el Señor Ohtomo, con un hilo de esperanza en la revocación o moderación de la política rigurosa de Hideyoshi contra el cristianismo. De hecho, unos 70 misioneros se refugiaron en el dominio del Señor Arima, 12 en el del Señor Ohmura, y 5 en el del Señor Ohtomo. Además, el P. Organtino se escondió en una provincia de Kinai, donde fue muy violenta la represión, por lo que podríamos decir que, la Ordenanza, por lo menos en cuanto a la expulsión, fue casi una letra muerta con la resistencia astuta de la Compañía de Jesús.

Por otra parte, Hideyoshi, después de confiscar Nagasaki, intentó crear un nuevo sistema de comercio con Portugal, es decir, quiso comprar

directamente los artículos representados por la seda cruda, a los comerciantes portugueses. En realidad, en 1588, un año después de la promulgación de la Ordenanza, Hideyoshi envió unos emisarios directamente a Nagasaki y les mandó acaparar gran cantidad de la seda cruda a los portugueses, excluyendo la mediación de los jesuitas, y ello a un precio injustamente bajo. Este accidente provocó una reacción muy fuerte de los comerciantes portugueses de Macao, quienes tomaron en acto medidas vengativas. Es decir, el año siguiente, ellos no mandaron un barco mercante que habría de venir al Japón, sino a México. Esta suspensión del comercio inquietó tanto a Hideyoshi que se vio precisado a hacer concesión con los portugueses que pedían la forma tradicional del comercio, en la cual desempeñaban los misioneros jesuitas el papel muy importante. Por consiguiente, y también gracias al esfuerzo del P. Alejandro Valignano que había regresado al Japón en 1590 con la misión de los jóvenes cristianos japoneses, la Iglesia Católica del Japón fue restableciéndose poco a poco.

Y por fin, en 1593, Hideyoshi, a petición de los comerciantes portugueses, acabó por permitir que los misioneros se quedasen y predicasen el cristianismo en Nagasaki. Esto no quiere decir que Hideyoshi admitió totalmente la evangelización del país, sino simplemente que su objetivo principal era el de fomentar mucho más el comercio con Portugal. De hecho, un año antes, en 1592, Hideyoshi procuró imponer un régimen de control estatal sobre todas las actividades ultramarinas, tratando de obligar a todos los japoneses a proveerse de la cédula con su sello bermejo para dedicarse al comercio exterior. Es así que para Hideyoshi, que intentaba con toda su fuerza consolidar y fortalecer su hegemonía, fue más importante e indispensable controlar directamente el comercio exterior remunerador que prohibir la evangelización. En fin, fracasó su antigua política de beneficiarse con el comercio, separándolo de la evangelización.

Hacia la misma época, surgió una situación nueva en torno a la relación diplomática con España. Es que, ambicioso Hideyoshi mandó unos mensajeros al gobernador de Manila en las Filipinas, Santiago de

Vela, pidiéndole de manera insólita que le pagase el tributo y que permitiese entablar relaciones comerciales con Manila. A fin de averiguar la verdadera intención de Hideyoshi, Vela mandó al Japón unos frailes franciscanos bajo la dirección del P. Pedro Bautista, O.F. M., quienes en agosto de 1593 se entrevistaron con Hideyoshi en el castillo de Nagoya en Kyushu, cuartel general construido especialmente para la invasión en la Península coreana. Ellos decidieron quedarse en el Japón, después de terminar las negociaciones con Hideyoshi, hasta que llegasen otros emisarios de Manila, y con la aprobación tácita del gobierno, empezaron medio públicamente la predicación del cristianismo en Kioto y Osaka, construyendo capillas y hospitales. Tal actividad abierta de los franciscanos tuvo dos efectos: de una parte alertó al gobierno de Hideyoshi que llegó a reforzar la vigilancia sobre la predicación, considerando que los franciscanos perturbarían mucho la religión de la gente humilde del país, y de otra parte provocó la censura bien categórica por parte de la Compañía de Jesús, que se abstuvo de hacer la evangelización pública hasta que se cambiara la política de Hideyoshi sobre el cristianismo. La obra evangelizadora abierta de los franciscanos habría de ser una causa de una tragedia inolvidable para el mundo cristiano, es decir, el accidente de los 26 mártires de Nagasaki.

Pues, en aquellos tiempos, navegaban los mares cercanos del Japón los barcos de España, llamados Galeón de Manila, siguiendo la ruta transpacífica, desde Acapulco de Nueva España hasta Manila de las Filipinas, o viceversa. Y el 28 de agosto de 1596, un Galeón llamado San Felipe, que había zarpado de Manila, sufriendo daños en el casco en su camino a Acapulco, se vio obligado a echar el ancla en el alto mar de la Provincia de Tosa (actual prefectura de Kochi) de Shikoku, y fue remolcado al puerto de Urado. El capitán de San Felipe, Matías de Landechó para pedir la protección de los tripulantes y la seguridad del cargamento, envió un mensajero al Fr. Pedro Bautista antes mencionado, que entonces se encontraba en Osaka, y le pidió la intermediación para entrevistarse con Hideyoshi. Pero, las negociaciones del P. Bautista no salieron bien, y un intendente mandado por Hideyoshi a la Provincia de

Tosa confiscó todo el cargamento. Y el día 19 de octubre del mismo año, los templos de los franciscanos fueron asediados por el ejército dirigido por uno de los principales vasallos de Hideyoshi, y fueron arrestados los misioneros extranjeros y los cristianos japoneses. Los prisioneros, en total 26, fueron llevados de Kioto a Nagasaki, y allí fueron ejecutados el 5 de febrero de 1597. Los martirizados eran seis misioneros franciscanos extranjeros, tres jesuítas japoneses y diecisiete cristianos japoneses. Este acontecimiento trágico provocó a un misionero franciscano del Perú, Fr. Juan de Ayllón para componer un “Poema a la canonización de los 23 mártires del Japón” (Lima, 1630), y también un famoso dramaturgo español del Siglo de Oro, Lope de Vega escribiría una obra titulada *Los primeros mártires del Japón*.

Hideyoshi explica en la carta dirigida al gobernador de Manila que el arresto y la ejecución de los misioneros de Kioto y Osaka se debía a la actividad evangelizadora de los franciscanos, y sugiere que no tenía nada que ver en directo con el accidente del galeón San Felipe. Pero es claro que el accidente de San Felipe se relaciona con la tragedia de los 26 mártires, ya que existen no pocos documentos contemporáneos que demuestran con claridad la relación causal entre los dos acontecimientos. Según algunos documentos, la causa principal de la ejecución se atribuye a las palabras imprudentes del piloto mayor del San Felipe, Francisco de Landa, quien, enfadado mucho con la confiscación del cargamento, demostró con mucho orgullo al intendente mandado por Hideyoshi la potencia de España al referirse a la empresa ultramarina, diciéndole que España manda primero a los misioneros para predicar las palabras de Dios, y después el ejército para conquistar. Según otros, la causa principal de la tragedia consistió en la intriga de los portugueses. Al parecer, ellos que se encontraban en Kioto, formularon denuncias falsas ante Hideyoshi, informándole que los españoles eran piratas, y que España, como había hecho en Nueva España, Perú y las Filipinas, primero mandaba a los padres franciscanos para la evangelización, y después enviaba los barcos para ocupar la tierra. Desgraciadamente todavía es muy difícil decidir la verdadera causa de la tragedia, pero

aquí es de notar que los documentos coinciden en decir que: “España primero manda a los misioneros y después ejército a fin de apoderarse del territorio ajeno”. Por eso, podemos decir que Hideyoshi llegó a reconocer, como una noticia importante y objetiva, que la predicación del cristianismo era un método preparatorio para la conquista del país. Este reconocimiento se transformó en un temor no a la invasión inmediata de los países ibéricos, sino en un temor al aumento increíble y a la actitud incomprensible de los cristianos japoneses a pesar de la Ordenanza de 1587, sobre todo a la rápida difusión del cristianismo entre la gente llana. Por eso, Hideyoshi no mandó sólo matar a los misioneros extranjeros, sino también a los meros creyentes japoneses. Así, Hideyoshi empezó a reforzar la represión sobre la conversión del pueblo japonés al cristianismo, y en 1598, es decir un año después de la tragedia de los 26 mártires, falleció él.

Después de la muerte de Hideyoshi, su sucesor, Tokugawa Ieyasu, aunque moderó temporalmente la política prohibicionista sobre el cristianismo, exclusivamente a fin de aprovecharse de la ganancia del comercio exterior con Portugal y España, llegó a tomar una política más rigurosa que la de su predecesor, y ello desde la segunda década del siglo XVII, lo que terminaría en una política aislacionista.

Así, el primer encuentro entre el Japón y la Europa acabó con la persecución del cristianismo, aunque después se establecería una relación muy modesta con Europa a través del comercio con Holanda.

Es natural que la evangelización que tenía por objeto la cristianización del país, recibiera fuerte resistencia por parte del Japón, porque, cuando fue introducido el cristianismo, el Japón estaba en la etapa final de perfeccionamiento de la “japonización” del régimen político, la cultura y la religión de la China. Pensando así, podríamos decir que el gobierno militar unificador, por medio de la negación de la cristianización del país, pudo reforzar o consolidar el régimen feudal centralizado y controlar ideológicamente al pueblo japonés: lo que había de desarrollar, mucho más que antes, la mentalidad insular, que fue fomentándose poco a poco desde la época de Nara (Siglo VIII), en que el Japón empezó

a desarrollarse aislando del mundo exterior. Es decir que, el pueblo japonés, durante muchos siglos, sin recibir ni política ni espiritualmente ninguna presión externa, podía nacionalizar segura y paulatinamente y a su gusto en un mundo cerrado los elementos culturales del continente. Esto quiere decir que el pueblo japonés no tenía ninguna experiencia de ser obligado a acercarse profundamente a la ideología extranjera, lo que produjo una especie de frigidez del pueblo a la investigación del modo de vivir y pensar de los extranjeros. Por lo tanto, como lo alcará bien el caso de Hideyoshi, el pueblo japonés estaba acostumbrado a asimilar muy positivamente los elementos, por decirlo así, superficiales de la cultura ajena sin tratar de entender su base histórica e ideológica.

Desde este punto de vista, podemos decir que el Japón del siglo XVI recibió por primera vez en su historia una presión externa incalificable por la introducción del cristianismo. En otras palabras, el Japón se puso contacto en el siglo XVI con Europa, de la forma más aguda que pudiera imaginarse, porque entonces el Japón fue exigido a dejar o modificar su mentalidad insular tradicional ante el mundo exterior. Y entonces pudo rechazar esta exigencia incluso por la fuerza, pero después, vendría una época en la que el Japón ya no podría mantener la misma política tan violenta como antes, por las presiones externas, es decir, la época de la Restauración de Meiji (Siglo XIX). Entretanto dicha mentalidad había echado profundas raíces en el pueblo, y sería posible que esta mentalidad fuera un factor que retardase o estorbase la verdadera internacionalización del pueblo japonés. Por lo tanto, podemos concluir finalmente que, cuando se trata de la actitud del pueblo japonés ante el mundo exterior, el Japón del siglo XVI, o exactamente del Siglo Cristiano, nos ofrece muchas materias muy interesantes e importantes para la reflexión.